

2/1

LLLL 17  
18



# IMAGEN PROFANADA

T. BERTHEREAU

A D. Vicente Calatayud, ferviente vicentista en Xto.

Hay un sorprendente hábito de paz, de tranquilidad, de calma, junto a esta bella imagen de San Vicente Ferrer.

En amplia hornacina queda situada entre el gratísimo ambiente de plegarias y pasos muy recatados en la clausura de Religiosas Carmelitas del Convento de Corpus Christi de Valencia.

¡Qué gozo ver estas tallas antiguas salvadas milagrosamente de los destructores iconoclastas, aún como quien dice tan recientes!

Porque si toda ella delata armonía y gracia más buena gubia en este laborar escultórico religioso, la diestra —vengamos a subrayarlo si el buen sentido del avisado lector no lo hubiese advertido ya— carece del índice.

Padeció los rigores de esa adversa intención anti-religiosa, quedando como prueba insoslayable de un tiempo ya gracias al Señor superado.

De un tamaño aproximado al medio metro es todo el suave y agradable dentro de esa tipología de imágenes de ondulante hábito y manto movidos diríamos por el fervor que ardía en el pecho de este santo dominico valenciano por la salvación de las almas.

Nos lo imaginamos a trueque de su candidez atravesar los campos y tierras muy pobladas en pleno medioevo, con sus supercherías y fetichismos tan afincadas en ellas y como con esa única y excepcional luz divina que ablandaba los corazones más reacios, el convertir, el transformar, a los contumaces descreídos.

Y ese airecillo como soplo del Espíritu del Señor al tiempo que les transformaba —nuevo Pentecostés— mecía también sus ropajes, sus almas...

Leíamos los inmensos milagros ocurridos por doquier registrados por los seguidores eclesiásticos, gentes de letras o testimonios de pobres y sinceros hombres del campo y esa gracia, ese cefirillo suave soplo de Dios que a todas horas ronda por estos escritos nos sitúa con veracidad en el centro del apostolado, ya en los postreros años de su existencia mortal.

La pátina que el tiempo le dio le ennoblece.

Esta bella escultura, que ostenta un detalle no muy visto en las innúmeras que conocemos, es el siguiente; siempre lleva la Biblia, ya sea intro-



duciendo una señal como muestra de terminar de leer algún versículo, portándola como inseparable maestra y guía en su apostolado, sirviendo de base al ramo de azucenas, símbolo de su virginidad, pero abierta como en el presente sólo hemos encontrado algunos casos en las más primigenias tablas y no precisamente en nuestra patria. De ahí un mérito que avalora la bien tallada pieza que comentamos.

Y así, dentro de un estilo que es ebullición, movimiento, esta imagen concreta en un plasmar dignísimo una encomiable obra de arte, aureolada ¡por qué no! por esa señal que mentes, bien puede que con íntimos afectos religiosos, ofrecieron antes y en evitación de su irreparable destruir.

Que el Santo siga protegiendo desde este ámbito recoleto a las familias, a la ciudad entera que le viera nacer, pero muy en especial a esta Comunidad de Religiosas que con tantísimo cariño le veneran.